

— Si permanezco en medio del cuarto, me verá antes de entrar, y al reconocer que no es Pedro Morlain el que la espera, es muy fácil que se asuste, huya y se me escape, — pensó Jorge; y ocultándose detrás de la puerta, esperó.

Tenía grandísimo interés en ver y hablar á aquella mujer: cifraba en su conversación con ella la esperanza de salvar á su amigo, y, no obstante la firmeza de su propósito, estaba tan emocionado, que parecía como si el corazón se le quisiera salir del pecho.

Una voz juvenil y vibrante llegó á sus oídos.

—Apenas se ve. ¿Por qué no dejaste abajo la luz? ¿Estás enfadado por mi retraso? Pues mira, no fué mía la culpa....

Estas últimas palabras las pronunció la desconocida ya dentro de la estancia.

Entonces Jorge, sin vacilar, cerró la puerta. La recién llegada se volvió brusca-mente, y al verle, dió un paso atrás, lanzan-do un grito.

Estaban cara á cara. Ella en pie, junto á la chimenea, con el semblante descompues-to por el miedo. Jorge apoyando la espalda contra la puerta, como si quisiera decir: «Entró V. al fin, y no saldrá de aquí sin haberme prometido hacer todo lo posible por salvar á mi amigo.»

Pero cuando comenzó á hablar, su voz temblorosa y la palidez que cubría su ros-tro estaban en desacuerdo con su enérgica actitud.

—Nada tema V., señora (dijo, lleno de emoción): soy un amigo íntimo de Pe-dro de Morlain. Acaso alguna vez le habrá oído V. pronunciar mi nombre: me llamo Jorge Fontaine.

La desconocida alzó la cabeza, y miran-do fijamente á su interlocutor, exclamó con voz breve y llena de altanería:

—¿Puedo saber, caballero, qué hace V. aquí? ¿Quién le ha permitido entrar en esta casa?

Pero de pronto cambió de tono, al asal-tarle una idea, y dando un paso adelante, pálida y ansiosa, prosiguió:

—¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¿Viene V. de su parte á darme cuenta de ella?

—En efecto, señora; una desgracia agobia á mi amigo más querido.

—¿Qué le sucede? Hable V., por Dios.

—Se le acusa de un crimen. Esta ma-ñana ha sido preso.

—¡Preso! ¡Oh, eso es imposible! No lo creo.

Y volviendo á ser dominada por el mie-do, abandonó su puesto junto á la chimenea; y mientras se dirigía hacia la ventana oblicuamente, sin volver la espalda á Jorge, decía:

—¿Es V. verdaderamente Fontaine, el pintor de quien me habló algunas veces Pedro Morlain?

—Sí, señora; yo le ruego que me crea, y nada tema. Ya ve V. que mi emoción es tan grande como la suya.

Estas últimas palabras y el aspecto de Jorge la tranquilizaron. Efectivamente, estaba tembloroso y pálido. Además, recordaba el retrato que Pedro le hizo de su amigo íntimo, y la semejanza con el original era completa. Quizás éste, pensó (¡tantas ideas cruzan por nuestra mente sin darnos cuenta de ellas!....), era muy superior á la copia.

Para manifestarle que ya no tenía miedo, se apartó de la ventana, y volviendo junto á la chimenea, se dejó caer sobre el diván, y dijo:

—Acaba V. de participarme que acusan á Morlain de un crimen. Que está preso. No comprendo cómo puede ser, y ansío una explicación.

—Una serie de circunstancias funestas hacen sospechar que nuestro amigo, en un instante de furor, hirió mortalmente á una mujer.

—¿Qué dice V.? ¿Á qué mujer?

—Á una llamada Laura de Vivian.

—¡Ah, sí! Ya sé: es una actriz (dijo la

desconocida con acento desdeñoso); fué amiga de Pedro en otro tiempo....; pero sus amistades estaban rotas por completo: además, ¿por qué había de?...

É interrumpiéndose de pronto, prosiguió:

—¿Cuándo se cometió el crimen?

—Ayer por la noche; hace precisamente veinticuatro horas.

—Entonces Pedro no pudo ser el asesino, porque estaba aquí conmigo.

—¡Ah! (exclamó Jorge): bien lo sabía.

La incógnita apoyó un codo en el tocador y la frente en la mano; frunció las cejas, é, inmóvil y silenciosa, se entregó á una profunda meditación.

El hermano de Lucía pudo contemplarla á su sabor. No se había equivocado al suponerla alta y robusta. Al sentarse, el abrigo de terciopelo forrado de pieles se le cayó de los hombros y descubrió el torso admirable, destacándose sobre el fondo claro que formaba la pared tapizada de seda.

Tenía el seno alto, desarrollado y turgente; el talle ni muy delgado ni muy grueso, y su falda ceñida acusaba la línea ondulada de una cadera escultural.

El pintor admiró todas estas bellezas en

conjunto, y á su pesar, dominado por algo inexplicable, y al propio tiempo por instinto de artista, estudió luego los detalles del espléndido modelo, y hubo de reconocer que cada uno de por sí era un dechado de hermosura. La mano, el pie, las facciones, acreditaban la distinción más correcta y delataban un rango elevado por origen y no por casualidad. Era rubia, pero de un rubio semejante al oro viejo. Los cabellos largos, espesos y finísimos, encuadraban un rostro extraordinariamente bello, pero con belleza perfecta, con esa belleza que satisface las aspiraciones del artista, porque reúne la expresión y la corrección plástica. Aquella nariz aguileña, aquella frente ancha y serena, frente que exigía una diadema; aquellos ojos rasgados, de un color azul oscuro, que bajo determinadas influencias expresaban tan á lo vivo las impresiones de un alma enérgica y apasionada; aquella boca pequeña, húmeda, fresca, roja; todo, en fin, era capaz de sobrepasar las exigencias del más descontentadizo, y hacer sentir algo muy sublime al menos predispuesto para comprender lo que el amor tiene de inmaterial.

De repente la incógnita se levantó, é hizo salir á Jorge del éxtasis que le dominaba, exclamando:

— ¡De modo que el señor de Morlain le envió á V. para que me hiciera saber lo ocurrido!

— No (replicó Fontaine). Nada me dijo, porque no he podido verle.

— Entonces...

— Mi venida aquí se debe á mi propia iniciativa.

— ¿Se había, pues, confiado á V.?...

— Tampoco. Pedro es la reserva misma, y jamás me hizo la menor confidencia.

— Al menos, alguna vez le hablaría de la existencia de esta casa.

— Jamás.

— ¿Cómo ha podido V. saber entonces?....

— He buscado: he adivinado.

— Le felicito por su perspicacia (exclamó ella, sonriendo con ironía); pero mucha hace falta para adivinar tanto. Porque Pedro nunca me nombró, y V., no sólo averiguó que existía este hotelito, sino que también supo acertar con el nombre de la mujer que lo visitaba.

— No, señora. Está V. en un error. Mis suposiciones llegaron hasta descubrir el secreto de los amores de mi amigo, pero ignoro absolutamente quién es objeto de ellos.

Al oír estas palabras, la joven fijó su mirada investigadora en los ojos de Jorge, y exclamó:

— ¿Es cierto lo que V. me dice? ¿De veras no sabe quién soy?

— Señora, nunca manché mis labios con la mentira; le aseguro á fe de caballero, que no sé quién es V.

Libre de un peso que la agobiaba, entreviendo un medio para salir de la peligrosa situación en que las circunstancias la habían colocado, aquella hermosa mujer recobró la plenitud de sus poderosas condiciones, sonrió con adorable coquetería, y como si estuviera en su propia casa, delante de un amigo que la frecuentase, hizo señal á Jorge para que tomara asiento.

XX.

Luego que éste ocupó una butaca enfrente de ella, comenzó:

— De modo, que al venir á esta casa con la deliberada intención de encontrarme, obró V. por cuenta propia.

— Así fué en efecto.

— ¿Y qué objeto se propuso V. con esto?

Turbado por la pregunta, y más aún por el tono altanero con que había sido hecha, Jorge balbuceó:

— Me propuse enterar á V. de lo que ocurría.

— Esta noche misma, ó mañana á más tardar, lo hubiera sabido. La noticia que V. me trae es demasiado interesante para que los periódicos no la repitan. Por estas razones, todo me hace suponer que algo más que el deseo de enterarme de lo ocurrido le impulsó á venir en mi busca.

— En efecto, señora: al atreverme á penetrar en esta casa, aun á trueque de exponerme á que se me recibiera mal, me propuse buscar con su ayuda la manera de salvar á mi mejor amigo....

— ¿ Cree V. que no puede hacerlo por sí mismo?

— Es indudable que podría, si no rehusara toda explicación cuando se trata de probar dónde pasó la noche de ayer.

— ¡ Ah! ¡ Rehusa decirlo!.... (dijo la desconocida: y su rostro se dilató visiblemente.) Pero su silencio (prosiguió) no es bastante razón para que le condenen. Preciso es que haya en contra suya pruebas inequívocas.

— Las apariencias le condenan, señora. No tiene más defensa que probar la coartada....

— ¿ Y esas pruebas?....

— Son declaraciones de varias personas que afirman haberle visto entrar en casa de la mujer muerta anoche, entre diez y once, hora en que debió cometerse el crimen.

— En efecto; eso es muy grave....

— Pero, á mi juicio, no será difícil probar que esos testigos se equivocan ó mienten....

— ¿ Por qué medio?....

— Por medio de otros testimonios tan dignos de crédito como aquellos. Hace un momento me dijo V. que Pedro no podía ser el asesino, porque pasó la noche aquí, en esta casa, con V.....

— ¡ Eso he dicho! ¿ Cuándo?

— Hace un instante.... (exclamó Jorge con violencia, poniéndose en pie.) ¿ Sería V. capaz de negarlo?

La amante de Morlain miró á su interlocutor con esa mirada de mujer inteligente y de mundo, que penetra hasta el fondo del corazón de los hombres, porque tiene algo de sobrenatural, algo mágico.... Aquella mirada reforzó las observaciones hechas antes, durante el curso de la conversación, y completó el juicio formado sobre Jorge Fontaine.

Se trataba de un hombre muy joven, no

obstante sus treinta años; inocente, cándido, desconocedor de la vida. Su natural timidez y su carácter irresoluto, sólo podían trocarse en energía, resolución y fortaleza excitando en él ese elemento particular de los seres bondadosos hasta rayar en la debilidad: el ardor propio de la juventud, capaz de causar efectos extraordinarios por reacción. La dureza y la frialdad eran á propósito para producir esto. Convenía cambiar de táctica, evitar á todo trance excitarle, y hacer lo posible para crearse un aliado en lugar de un enemigo. Todo esto pensó la desconocida en un momento, y por eso sonrió con dulzura, y contestando á la pregunta de Jorge, exclamó con acento meloso:

—No lo niego. Nada de eso. Hágame V. el favor desentarse, y discurrámos con calma. Ó me expliqué mal, ó V. no me comprendió. No pretendo negar la verdad. Repito que el señor de Morlain no pudo cometer el crimen que se le imputa, porque anoche á las once estaba conmigo aún en esta casa misma. Pero esta declaración que hago yo delante de un caballero amigo suyo, ¿debo hacerla á presencia de los jueces?

Siempre estudiando las impresiones de Jorge, la incógnita le miraba fijamente, mientras él, dudoso, fascinado, permanecía en silencio.

Hubo de esforzarse para romper el encanto; se repuso, recordando que su mejor amigo estaba en gran peligro, y pudo decir por fin, alzando la cabeza y mirándola fijo á su vez:

— ¡ Si no hay más remedio para salvarle!....

Ella bajó los ojos; reflexionó, y exclamó con voz cariñosa y triste al propio tiempo.

— Tiene V. razón. Si no hay otro remedio, si persiste en callar.... hablaré yo.

Jorge se levantó con el alma llena de entusiasmo; en primer lugar, porque su amigo estaba salvado, y, además, porque un secreto afán le hacía desear que aquella mujer fuera heroica, y la veía dispuesta á inmolarse en aras de su amor.

Así, no sólo era espléndidamente hermosa de cuerpo; resultaba angelical, con un corazón más hermoso todavía.

— Si mi confesión es indispensable (repetió), la haré sin vacilar. Pero quiero todo

el mérito de mi heroísmo; he de hacerlo yo misma....

—¡Sin duda! Así debe ser,—exclamó Jorge en el colmo de la admiración.

—Además, le ruego que me deje reflexionar hasta mañana. Esto no puede afectar al interés de nuestro amigo, y me permitirá formar mi plan. ¡Pudiera ser que yo no estuviera sola en el mundo!.... ¡Quizás haya que poner á cubierto intereses morales que no me pertenecen!....

—Está muy en su lugar, y no me opongo. Hallo justísimo que procure V. perjudicarse lo menos posible, si perjuicio puede resultar de una acción noble.

—Estando conformes en todo, creo que ya podemos separarnos. Mañana nos volveremos á encontrar aquí mismo, y resolveremos en definitiva.

—¿Á qué hora vendrá V.?

—Lo antes que pueda, para obrar más pronto. Á las dos de la tarde. ¿Le parece á V. bien?

—Estoy á la disposición de V.

—Hasta mañana, pues.

Jorge no se movió. ¿No había comprendido que se le despedía, ó sospechaba un

engaño? La desconocida continuaba siéndolo; no sabía aún quién era ni dónde vivía. ¡Si no acudiese á la cita, todo estaba perdido!....

Sin duda ella adivinó estos temores, y para desvanecerlos, mejor aún, porque á su vez temió ser espiada, añadió con voz siempre acariciadora:

—Vivo en el boulevard Haussmann, y soy la baronesa de Ligny. Sería muy ridículo que continuase guardando el incógnito, pues que el destino nos une para un fin común, y V. es un cumplido caballero.

Así diciendo, cruzó por delante de Jorge, que se inclinó al dejarle paso franco, y tomando el candelabro que les alumbraba, bajó detrás de ella la escalera.

Al llegar á la puerta, abrió, apagó las luces, y se apresuró á reunirsele en la calle.

En la esquina del boulevard de Courcelles y el de Malesherbes encontraron una berlina de alquiler, y la ocuparon juntos. Cuando el coche se puso en marcha, cada vaivén les hacía rozar brazo contra brazo, hombro contra hombro, y rodilla contra rodilla. Fontaine percibía un olor suave, el

mismo que se desprendía del peinador observado con tanto afán poco antes; y ella le miraba de reojo, no obstante sus preocupaciones (porque la mujer nunca deja de serlo), pensando que la casualidad le deparraba aquella noche un compañero tan hermoso bajo el punto de vista físico, que no recordaba haber conocido otro que le aventajase.

Sin cruzar palabra llegaron al boulevard Haussmann.

El coche se detuvo delante del número 40, y la amante de Morlain dijo en voz casi baja:

— Hemos llegado á mi casa. Hágame V. el favor de quedarse oculto en el coche un rato para evitar que le vean, y su presencia pueda comprometerme. Hasta mañana á las dos.

Y salió del carruaje, cerró la portezuela, atravesó de prisa la acera, llamó, y á poco desapareció detrás de la puerta.

Jorge permaneció solo, con los ojos fijos en el lugar por donde desapareciera la que tenía por su aliada para defender á Pedro. Merced á la recomendación que le había hecho, podía afirmar que aquella era

su casa, puesto que pasaron diez minutos y no volvió á salir.

Cuando creyó que era tiempo de marcharse, bajó el cristal que correspondía al pescante, ordenó al cochero que le llevase á la calle de Prony, y partió, deseoso de contar á su hermana todo lo que se había logrado por su consejo.